

en medio de un concierto de alabanzas y bendiciones.

Spronio no pareció en casa de su amo el día de la liquidación porque fueron á prenderlo en la suya, pero se escapó por una ventana y fué sin duda á unirse en Nola con el cardenal.

CAPÍTULO XVII

La última advertencia

DURANTE la noche que siguió al día de la liquidación de la casa Backer, Salvato, que aun vivía en el palacio de Angri, escribió con mano firme la siguiente carta :

« AL HERMANO JOSÉ,

» EN EL CONVENTO DEL MONTE CASSINO.

» 12 de Junio.

» Mi muy amado padre :

» Ha llegado el día de la suprema lucha. He obtenido permiso del general Macdonald para permanecer en Nápoles porque me ha parecido que mi primer deber como napolitano era defender mi país. Haré cuanto pueda por salvarlo, y si no lo logro, moriré por él. Si muero, dos nombres

amados saldrán de mis labios con mi último suspiro y servirán de alas á mi alma para subir al cielo, el vuestro y el de Luisa.

» Aunque conozco cuánto me amáis, nada os pido, cumpliré con mi deber; pero si muero, amado padre, la dejo abandonada á la venganza del rey, que no la perdonará, á pesar de su inocencia, porque ella es la causa inocente de la muerte de dos hombres que serán fusilados mañana.

» Si vencemos, nada tendrá que temer, y esta carta es sólo un testimonio del amor que os profeso y de la confianza que en vos tengo puesta.

» Si por el contrario somos vencidos, no podré socorrerla y vos deberéis reemplazarme.

» Entonces, padre mío, descendad de las sublimes alturas de vuestra montaña santa y ya que os habéis impuesto la misión de disputar á la muerte la vida del hombre, no os apartéis de ella; salvad á este ángel cuyo nombre y virtudes os he referido.

» Como en Nápoles el dinero es el mejor auxiliar, he traído de Molise 50,000 ducados, la mayor parte de los cuales están enterrados en una caja de hierro en el monte Pausilipo, cerca de la tumba de Virgilio, al pie de su eterno laurel, donde los encontraréis.

» Estamos rodeados de enemigos, lo que nada importaría si no lo estuviéramos también de trai-

ciones. Está el pueblo tan ciego, ignorante y embrutecido, gracias á los frailes y sus supersticiones, que tiene por sus mayores enemigos á los que quieren libertarlo y rinden culto á los que añaden nuevos eslabones á sus cadenas.

« ¡Oh padre mío! Si los que se consagran á la salud del cuerpo hacen á los ojos de Dios un acto meritorio, ¿cuánto mayor será el mérito de los que se consagran á educar su inteligencia, á iluminar sus almas? Adiós, padre mío; el Señor tiene en sus manos la vida de las naciones, vos tenéis en las vuestras más que mi vida, tenéis mi alma.

» Recibid la tierna afección de vuestro hijo

» SALVATO. »

« Es inútil y aun peligroso que me respondáis; entregad al portador tres cuentas de vuestro rosario, que representarán para mí la Fe que me falta, la Esperanza que pongo en vos, y la Caridad que rebosa de vuestro corazón. »

Concluída la carta, Salvato llamó á Miguel.

— ¿Has encontrado el hombre que nos falta? le dijo cuando entró.

— ¿Volver á encontrar diréis? porque es el

mismo que hizo tres viajes á Roma por cuenta de la junta republicana.

— ¿Es, pues, un patriota?

— Que sólo siente, Excmo. Señor, dijo entrando el mensajero, que lo alejéis de Nápoles en tiempo del peligro.

— Si te alejas de él será para servirlo.

— Mandad, ya sé quién sois y lo que valéis.

— He aquí una carta que llevarás al Monte Cassino y que entregarás en propia mano al hermano José.

— ¿Esperaré respuesta?

— Como no sé quién mandará en Nápoles cuando vuelvas, la respuesta será una seña determinada de antemano. ¿Has convenido en el precio con Miguel?

— Sí, un apretón de manos á mi vuelta.

— Veo, dijo Salvato, que aun hay en Nápoles buena gente; anda, hermano, y Dios te guíe.

El mensajero partió.

— Ahora, Miguel, dijo Salvato, pensemos en ella.

— Estoy á vuestras órdenes.

Salvato se ciñó el sable, puso en su cinturón un par de pistolas y dió orden á su calabrés de esperarle á media noche con dos caballos en la

plaza del Mole, y bajando por la calle de Toledo se dirigió á Margellina.

Á medida que se acercaba á la casa de la Palmera, le pareció oír una especie de extraña salmodia.

La persona que la entonaba era la bruja albanesa que se aparecía á Luisa en todas las circunstancias graves de su vida. Estaba arrimada á la pared bajo la ventana del comedor. Miguel detuvo por el brazo á Salvato para que escuchase la última estrofa, que decía :

« Cuando sopla el viento Norte, se ausentan las golondrinas; pobre paloma, haz como ellas, pues que tu ala conoce el camino de la primavera. »

— Entrad, dijo Miguel; yo entretendré á Nanno y si Luisa quiere verla, llamadnos.

Tenía Salvato una llave de la puerta del jardín, entró, dejó la puerta entornada y corrió al comedor, donde encontró á Luisa detrás de la celosía de la ventana, desde donde habría sin duda oído la balada de Nanno.

— Te he visto venir de lejos y he escuchado á esa mujer, dijo Luisa.

— Yo también he escuchado su última estrofa, respondió Salvato.

— Como las otras, anuncia un peligro é invita á la fuga.

— ¿Nunca has tenido queja de esa mujer?

— Nunca. Verdad es que desde el primer día me predijo una cosa que entonces creí imposible.

— ¿Y la crees ahora más probable?

— Tantas cosas imposibles de prever han sucedido desde que nos conocemos, amigo mio, que ahora todo me parece fácil.

— ¿Quieres que hagamos subir á la bruja? Recuerda que ella hizo la primera cura de mi herida, que pudo ser mortal, y que estoy vivo.

— Sin ti no me hubiera atrevido á llamarla.

— ¿Y por qué? dijo detrás de los amantes la bruja con voz que les hizo estremecer. ¿Acaso, como un buen genio, no he procurado siempre apartar el mal de ti? ¿Acaso, si hubieras seguido mis consejos, no estarías en Palermo al lado de tu protector natural, en lugar de estar aquí temblando, acusada de haber denunciado á dos hombres que fusilarán mañana? ¿Acaso, si hoy quisieras seguir mis consejos, cuando aun es tiempo, no podrías escapar á la suerte que te he predicho y hacia la cual marchas fatalmente? Ya he dicho que Dios ha escrito el destino de los mortales en sus manos, pero que éstos pueden con firme

voluntad luchar contra él. No he visto tu mano desde que te predije una muerte violenta. Mírala y dime si la estrella que te señalé que dividía en dos la línea de la vida, y que era entonces apenas perceptible, no es ahora mucho más grande.

La San Felice miró su mano y lanzó un grito.

— Mírala tú mismo, dijo la bruja á Salvato, y verás si un hierro hecho ascua la marcaría con púrpura más viva que esa con que la ha señalado la Providencia, que le da por mi boca la última advertencia.

— Conozco, Nanno, que eres nuestra amiga. Cuando podía alejarme de Nápoles, propuse á Luisa conducirla á Capua, á Gaeta ó á Roma. Hoy no puedo dejar á Nápoles.

— Por eso he venido, para hacer lo que tú no puedes.

— No comprendo, dijo Salvato.

— Es muy sencillo. Esta joven se viene conmigo hacia el Norte donde no hay peligro para ella.

— ¿Y cómo te la llevarás sin que sea descubierta?

Nanno sacó de debajo de su manto un paquete que traía en la mano, y dijo:

— En este paquete hay un vestido de labradora de Maida, y con él, la señora pasará por hija mía.

Todos me conocen y respetarán á la hija de la bruja albanesa.

Salvato miró á Luisa.

— ¿Ya lo oyes, Luisa? le dijo.

Miguel, que hasta entonces no había pasado de la puerta, le dijo poniendo una rodilla en tierra :

— Te suplico, Luisa, que oigas la voz de Nanno. Cuanto ha pronosticado ha sucedido. Tú, que no eres hombre, puedes huir sin deshonor ; nosotros debemos quedarnos y luchar. El que sobreviva de de nosotros se reunirá contigo. Si fuese yo, no podría reemplazar á Salvato, pero la predicción de Nanno á mí me condena y á él lo salva. También yo tengo en la mano la estrella fatal que, como la tuya, brilla más roja que nunca. Disfrázate, pues, querida hermanita, bien sabes cuán linda estabas con el traje de Assunta.

— ¡ Ay! murmuró Luisa, agradable fué para mí la noche en que lo vestí. ¡ Cuán lejos de nosotros está ya aquel tiempo !

— Aquel tiempo puede volver para ti si quieres, basta con que tengas valor para separarte de Salvato.

— ¡ Jamás ! dijo Luisa abrazando á su amante ; con él viviré, ó moriré con él.

— Ya sé, dijo Miguel, que vivir ó morir con él sería

cosa magnífica. Pero ¿ quién te asegura que quedándote morirás ó vivirás con él ?

— La llevaré al Castillo Nuevo, dijo Salvato.

— ¿ Y qué haréis después ?

— Combatir al frente de mis calabreses.

— Ya ves que quedarse, no es lo mismo que vivir y morir juntos, puesto que tú podrás vivir en el castillo y él morir en el combate.

— En efecto, dijo Salvato, bien pudiera suceder así.

— ¿ Y qué importa que mueras cerca ó lejos de mí ? Si mueres, yo moriré también.

— ¿ Y tienes derecho de morir, le replicó Salvato en inglés, sabiendo que no morirías sola ?

Luisa apoyó su frente en el pecho de Salvato, exclamando :

— ¡ Amigo mío !

En aquel momento entró Giovanina con su risita de ángel malo en los labios, y dijo :

— Una carta de Mr. Andrés Backer para la señora.

Luisa se estremeció.

Salvato la miró lleno de admiración. Miguel dirigió sus miradas hacia la puerta. El cajero Klagmann apareció en ella.

Era el portador, no de una, sino de dos cartas para Luisa.

El cajero le dió una indicándole con el ademán que cuando leyera una le daría la otra.

Contenía la primera, la circular que ya conoce el lector dirigida por la casa á los acreedores. Á medida que Luisa leía, se alteraba su voz, que se extinguió completamente al llegar á estas palabras : *Á consecuencia de la condena de muerte de los jefes de la casa.* » El papel cayó de su temblorosa mano.

Miguel recogió el papel y mientras Luisa gemía ocultando el rostro contra el pecho de Salvato, que con ambos brazos la estrechaba, lo leyó en alta voz.

Siguió á la lectura un doloroso silencio.

El mensajero lo interrumpió el primero.

— Señora, dijo, el papel que acabáis de leer es la circular de la casa. Esta carta os está personalmente dirigida y contiene las últimas disposiciones de Mr. Andrés Backer.

Luisa tomó la carta y la dió á Salvato, diciéndole :

— Lee.

El primer movimiento de Salvato fué rechazar suavemente la carta ; pero Luisa insistió diciéndole :

— ¿ No ves, querido amigo mío, que no estoy en estado de leer ?

Sin soltar á Luisa de sus brazos, leyó Salvato la siguiente misiva :

« Señora, si conociera persona más pura que vos, la encargaría la santa misión que os dejó al abandonar la vida.

» Todas nuestras deudas se han pagado y nos queda la suma de 400,000 ducados.

» Mi padre y yo dedicamos esta suma para aliviar á las víctimas de la guerra civil, á cuyos rigores sucumbimos, sin tener en cuenta los principios que profesan.

» Nada podemos hacer por los muertos más que pedir á Dios por ellos al morir nosotros ; no, pues, aludimos á los muertos al hablar de las víctimas ; pero podemos hacer algo por los hijos y las viudas de los que hayan sucumbido en la lucha, que sólo hoy vemos bajo su verdadero punto de vista y que, decímoslo con pesar, es una lucha fratricida.

» Para que se repartan estos cuatrocientos mil ducados con inteligencia, lealtad é imparcialidad, los depositamos, señora, en vuestras benditas manos, seguros de que los repartiréis según el derecho y la equidad.

» Esta última prueba de confianza y respeto debe probaros, señora, que bajamos á la tumba convencidos de que no tenéis la menor parte en nuestra sangrienta y prematura muerte, obra de la fatalidad.

» Espero que recibiréis esta carta hoy mismo y que antes de morir tendremos el consuelo de saber que aceptáis esta misión, cuyo objeto es pedir al cielo su gracia para nuestra tumba.

» Con los mismos sentimientos que he vivido, muero, señora, repitiéndome vuestro respetuoso servidor,

» ANDRÉS BACKER. »

A medida que leía, la emoción embargaba la voz de Salvato, y Luisa, por el contrario, alzaba su encorvada cabeza, radiante de satisfacción, y una sonrisa de triunfo brillaba entre sus lágrimas.

Acercóse á una mesa en que había recado de escribir, y escribió con firme mano las siguientes palabras :

« Iba á huir de Nápoles, pero me quedo para cumplir el deber que me impone vuestra carta.

» Me habéis juzgado bien y os digo, como diré á Dios, ante quien vais á parecer y ante quien yo no tardaré probablemente en comparecer también: Soy inocente.

» ¡ Adiós!

» Vuestra amiga en este mundo como en el otro, donde espero nos encontraremos,

» LUISA. »

Luisa dió á Salvato este papel, recibiólo sonriendo, inclinóse ante ella y sin leerlo entrególo á Klagmann.

El mensajero salió y Miguel tras él.

— De manera, dijo Nanno, que te quedas.

— Sí, respondió Luisa.

Nanno levantó la mano y dijo con tono solemne :

— Vos, que amáis á esta mujer más que á vuestra vida, y tanto como á vuestra alma, vos, Salvato, me sois testigo de que hice cuanto pude por salvarla; de que la mostré el peligro que corría excitándola á huir, y de que, faltando á las órdenes que da el destino á los que revela el porvenir, la he ofrecido mi apoyo contra él. Por cruel que la suerte se os muestre, no maldigáis á la vieja Nanno, que hizo cuanto pudo por salvaros. Adiós : hoy la veis por última vez.

Y así diciendo, desapareció en la sombra, con la cual se confundía su obscuro traje, sin que los amantes pensaran en retenerla.

CAPÍTULO XVIII

Las avanzadas

Antes que Salvato y Luisa se hubiesen dirigido la palabra, entró Miguel.

— Luisa, dijo, tranquilízate; los Backer sabrán antes de una hora quién fué su delator. Lo más que puede suceder es que me ahorquen; pero al menos habré confesado antes.

Los dos jóvenes miraron á Miguel sorprendidos.

— No tenemos tiempo que perder en explicaciones, añadió; la noche avanza y ya sabéis lo que nos queda que hacer.

— Tienes razón, dijo Salvato. ¿ Estás dispuesta, Luisa ?

— He pedido un carruaje para las once, que esperará á la puerta.

— Ahí está, dijo Miguel.

— Haz conducir mi baúl al carruaje, mientras doy algunas órdenes á Giovanina.

Luisa tiró del cordón de la campanilla, pero Giovanina no acudió.

Fué á su habitación pensando que se habría dormido, y no estaba en ella. En la mesa, junto á la luz, había una carta dirigida á Luisa, que ésta leyó, y que decía así :

« Señora:

» Si hubierais abandonado á Nápoles, os hubiera seguido creyendo que mis servicios pudieran seros necesarios. Puesto que os quedáis rodeada de los que os aman, no creo que tengáis necesidad de mí.

» No me atrevería á quedarme sola en la casa durante los sucesos que no pueden menos de ocurrir, y no queriendo encerrarme en una fortaleza, donde mis acciones no serían libres, prefiero volver á casa de mis padres.

» Os dejo, pues, señora, reconocida á las bondades que me habéis dispensado, y pesarosa de esta separación, que me priva del gusto de despedirme de vos, temiendo la pena mayor aún, que me causaría la despedida.

» Creedme, señora, vuestra humilde, obediente y adicta criada,

» GIOVANINA. »

Luisa se estremeció al leer esta carta. Á pesar de las protestas de adhesión que contenía, de un extremo á otro, veía rebosar en ella un extraño sentimiento de implacable odio.

Volvió al comedor, y dió á Salvato la carta; leyóla éste, y encogiéndose de hombros, dijo:

— ¡Vibora!

En aquel momento volvió Miguel; no había encontrado el carruaje en la puerta, y preguntó si debía buscar otro.

Giovanina se había aprovechado de él para marcharse.

Miguel debió ir hasta Pie-di-Grotta á buscar un carruaje.

— Amigo mío, dijo Luisa, déjame aprovechar estos momentos para despedirme de la duquesa de Fusco y proponerle si quiere venir conmigo al castillo: si no acepta, le recomendaré la casa, que queda abandonada.

— Anda, hija querida, dijo Salvato, dándole un beso en la frente.

Luisa fué por la puerta de comunicación de ambas casas y llegó hasta el salón, lleno, como de costumbre, de todas las notabilidades de la república.

La inminencia del peligro no se manifestaba

en aquella reunión de hombres que en momentos tan críticos jugaban su cabeza á la carta del progreso y que, como los antiguos senadores romanos, esperaban la muerte en sus sillas curules.

Luisa produjo la sensación acostumbrada, y la sociedad se agrupó en torno suyo.

La duquesa había resuelto esperar los acontecimientos, y para un caso desesperado, tenía prevenido un traje de aldeana, y con este disfraz esperaba ocultarse en una de sus haciendas. Suplicóla Luisa que cuidase de su casa mientras ella se retiraba al Castillo Nuevo, donde Salvato le había procurado un asilo. Á él debían refugiarse los patriotas en último apuro, sabedores de que el gobernador de San Telmo había pedido 200 mil ducados por la protección de Nápoles y que estaba decidido á destruirlo si le daban 210 mil.

Quiso Luisa despedirse de Eleonora Pimentel, pero hacía algunos momentos que había salido para ir á su imprenta.

Nicolino, que ostentaba su nuevo uniforme de húsar, le presentó sus respetos; Cirillo corrió á abrazarla y darle su bendición, y la duquesa la despidió llorando y se separaron para no volverse á ver.

Miguel había encontrado un carruaje.

Los dos jóvenes, sin necesidad de comunicarse

sus pensamientos, fueron del brazo á dar un último adiós á lo que ellos llamaban la *alcoba feliz*; después cerraron las puertas cuyas llaves dieron á Miguel. Subieron al coche, Miguel se colocó en el pescante, y trotaron hacia el Castillo Nuevo.

Aunque no era muy tarde, todas las puertas y ventanas estaban cerradas; el terror reinaba en la ciudad.

Algunos hombres se acercaban á las casas, permanecían algunos momentos junto á las puertas, y luego escapaban á la carrera.

Salvato recomendó á Miguel que echase la mano á alguno de ellos.

Al llegar al palacio Caramanico, Miguel saltó á tierra de un brinco, y detuvo á un hombre en el momento en que metía en el sótano un lío de cuerdas.

— ¿Quién eres? le preguntó Miguel.

— El mandadero de Palacio.

— ¿Y qué haces?

— Ya lo veis, por orden del amo he comprado veinticinco varas de cuerda, y se las traigo esta noche. Me detuve á echar un trago en el Mercado Viejo, y al llegar encontré la puerta cerrada, y preferí echar las cuerdas al sótano, por el tragaluz, á volvérmelas á llevar.

Miguel lo soltó, y el hombre tomó las de Villadiego, más que de prisa.

Esta brusca retirada sorprendió á Miguel, que volvió á montar en el pescante, y aunque después vió á otros hombres rondar no menos misteriosamente, no pudo atrapar á ninguno.

El carruaje entró en la plaza de armas del Castillo, y Salvato y su amada se instalaron en la habitación del gobernador, que á la sazón hacía su ronda nocturna. Su señora había preparado al efecto sus mejores habitaciones.

Era media noche, y Luisa se despidió de Salvato y de su hermano de leche, quienes en el mismo carruaje fueron hasta el Mole. En él encontraron al calabrés con los caballos, en los cuales galoparon hasta el camino de Pórtici, en que estaban escalonadas las tropas de la república, hasta llegar á las avanzadas que mandaba Schipani.

Detúvose Salvato para dar algunas instrucciones y visitar el fuerte de Vigliana, que defiende por la parte del mar el puente de la Magdalena. Componíase su guarnición de 150 calabreses mandados por un cura llamado Toscano.

Enseñó éste á Salvato sus preparativos de defensa, entre los que contaba volar el fuerte con su contenido.

Por lo demás, Toscano no contaba con cogerlos de sorpresa, porque todos estaban prevenidos y dispuestos á hacer este supremo sacrificio á la patria, como podía comprenderse por este lema que se leía en la bandera ondeante encima de la puerta:

« ¡ VENGARNOS, VENCER Ó MORIR ! »

Salvato abrazó al sacerdote, volvió á montar á caballo al grito de « ¡ Viva la república ! » y prosiguió su camino.

Los republicanos manifestaron á Salvato grande inquietud en Pórtici, teniendo que habérselas con pueblos esencialmente realistas por sus intereses. Tenía Fernando en Pórtici un palacio en donde pasaba el otoño; durante casi todo el estío habitaba el duque de Calabria la regia quinta vecina llamada la Favorita. Á nadie podían confiarse sintiéndose rodeados de traiciones. Como en días de terremoto, parecía que el suelo se estremecía bajo sus pies.

Llegó á Granatello: Schipani dormía con su confianza, ó mejor dicho, con su imprudencia acostumbrada. Salvato le hizo despertar y preguntó por el enemigo. Schipani le respondió que esperaba que le atacasen al día siguiente, y que estaba recuperando sus fuerzas para recibirle mejor. Pidióle Sal-

vato noticias más precisas por los espías que debía haber enviado: el general republicano contestó que no había pensado en los espías por repugnarle esos medios, y como aquí le replicase que el cardenal podría cortarle la retirada por las cuevas del Vesubio, Schipani le dijo con desenfado que si los sanfedistas salían al camino pasaría por en medio de ellos.

Ese modo de hacer la guerra y de disponer de la vida de los hombres inspiraba cierto desdén al hábil estratégico, discípulo de los Championnet y de los Macdonald, y comprendió que nada sacaría de un hombre como Schipani y que era preciso abandonarlo todo al genio de la casualidad.

Veamos lo que entretanto hacía el cardenal, más meticoloso que Schipani.

CAPITULO XIX

La jornada del 13 de Junio

Mientras que á media noche Salvato salía del Castillo Nuevo, el cardenal Ruffo rebía noticias y daba órdenes en el cuarto principal del palacio episcopal de Nola, acompañado de su secretario Sacchinelli y del marqués de Malaspina.

Los correos se sucedían con rapidez indicando la actividad del general en sus correspondencias; abría las cartas y dictaba respuestas, escribiendo raras veces por sí mismo á causa de su temblor nervioso.

En aquel momento recibió del obispo Ludovici la noticia de que Panedigrano y sus mil presidiarios debían haber llegado á Bosco el 12 por la mañana. El marqués de Curtis le anunciaba que el coronel Tchudy, queriendo borrar su mancha de Capua, había salido de Palermo con cuatrocientos granaderos y trescientos fusileros, desembarcando en Sorrento para atacar por tierra el fuerte de Caste-

llamare, mientras que el *Sea-Horse* y la *Minerva* lo atacaban por mar.

Levantóse, y recorriendo un mapa, dictó á Sacchinelli las órdenes siguientes :

« Suspenda Tchudy el ataque de Castellamare y conciértese al punto con Sciarpa y Panedigrano para presentar una batalla al ejército de Schipani el 13 por la mañana.

» Tchudy y Sciarpa atacarán de frente y Panedigrano cortará á Schipani la retirada por la lava del Vesubio, y si el general republicano, noticioso de mi llegada á Nola, quisiese replegarse á Nápoles, habrá que perseguirlo.

» El general republicano encontrará al cardenal Ruffo en la Favorita, y rodeado por todas partes, Schipani tendrá que rendirse ó morir. »

Tres copias de esta orden fueron expedidas en varias direcciones, y, como podía aún haber algo de emprevisto en sus planes, mandó llamar á de Cesare, quien se presentó en seguida armado de pies á cabeza.

— ¡ Bravo! le dijo, ¿ estáis listo ?

— Siempre, Eminencia, le respondió el joven.

— Pues tomad cuatro batallones de infantería de

línea, cuatro piezas de artillería de campaña, diez compañías de cazadores calabreses y un escuadrón de caballería : seguid la falda septentrional del Vesubio y llegad de noche, si posible fuese, á Resina. Los habitantes os esperan prontos á insurreccionarse en nuestro favor.

En aquel mismo momento entró el capellán del cardenal, y le dijo en voz baja :

— Eminencia, el capitán Scipión Lamarra llega de Nápoles y espera vuestras órdenes en la estancia contigua.

— ¡ Ah ! ¡ al fin ! dijo el cardenal respirando con confianza. Temía que le hubiese sucedido algo al bueno del capitán. Decidle que allá voy y hacedle compañía entretanto.

Scipión Lamarra, cuya llegada esperaba impaciente el cardenal, era el mismo mensajero que le enviaba la reina con su bandera, recomendándole eficazmente como leal.

Volvía de Nápoles á donde fué enviado por el cardenal para concertarse con Gennaro Tamano, uno de los principales cómplices de la conspiración Backer.

Gennaro Tamano se hacía el republicano, figurando en todos los clubs á fin de espiarlo, saberlo todo y avisar al cardenal Ruffo. Tenía en su casa

parte de las armas que debían servir al estallar la conjuración de Backer, y además se hallaban á sus órdenes los lazzaroni de Chiaia, de Pie-di-Grotta, de Puzzolo y de los barrios vecinos. Era, pues, natural que el cardenal aguardase con impaciencia su respuesta, y se dió prisa á entrar en el gabinete en que esperaba Lamarra disfrazado de guardia nacional republicano.

— ¿ Y bien ? dijo al entrar.

— Vuestra Eminencia está servido á su gusto. Tamano sigue representando su papel sin excitar la más leve sospecha.

— ¿ Pero hizo lo que dije ?

— Lo hizo, Eminencia.

Es decir que se han arrojado cuerdas en los tragaluces de las bodegas de las casas pertenecientes á los principales patriotas.

— Sí, y quiso saber con qué objeto; mas como yo lo ignoraba, no pude aclarar sus dudas. Pero ¿ qué importa ? era orden de V. E. y la orden está cumplida.

— ¿ Me lo aseguráis ?

— He visto á la obra á los lazzaronis.

— ¿ No os entregó un paquete para mí ?

— Aquí está.

— Venga.

Y el cardenal cortó con un cortaplumas los cordones que sujetaban un paquete cerrado y sacó una bandera en la que se le veía de rodillas, rogando á San Antonio, mientras éste le enseñaba las dos manos llenas de lios de cuerdas.

— Eso es, dijo el cardenal satisfecho. Ahora necesito un hombre que pueda esparcir por Nápoles la voz del milagro : permaneció silencioso un instante, y de repente exclamó dándose una palmada en la frente :

— Que venga fray Pacífico.

Y fray Pacífico entró y se encerró media hora con Su Eminencia, bajó en seguida á la caballeriza á sacar á Jacobino, y tomaron juntos el camino de Nápoles.

El cardenal volvió á su salón, dió algunas órdenes y se echó vestido en la cama, encargando que le despertasen al rayar el día.

Despertáronle en efecto á la hora indicada. Habían levantado durante la noche un altar en el centro del campo sanfedista, fuera de Nola. El cardenal, en traje de púrpura ofició la misa en honor de San Antonio, con quien pensaba reemplazar á San Gennaro, como protector de Nápoles por haber éste hecho dos veces su milagro en obsequio de los franceses, siendo por tanto tachado de jacobino y

degradado por el rey de su título de comandante general de las tropas napolitanas.

Concluida la misa, el cardenal montó á caballo y se puso al frente del ejército de la fe, que estaba dividido en tres cuerpos : uno bajaba por Capodichino para atacar la Puerta Capuana : otro daba la vuelta al Vesubio por su vertiente meridional; mientras que Tchudy, Sciarpa y Panedrigrano debían acometer de frente á Schipani.

Á cosa de las ocho de la mañana del día 13, se vió desde lo alto del castillo de San Telmo aparecer y avanzar el ejército sanfedista envuelto en una nube de polvo. Tiráronse al punto los tres cañonazos de alarma del Castillo Nuevo y quedaron desiertas en un instante las calles de Nápoles.

Había llegado el momento supremo en que debía decidirse de la vida ó la muerte de una ciudad entera. Sin duda se habían recibido órdenes para que los tres cañonazos fuesen una doble señal, porque al último estampido los dos prisioneros del Castillo Nuevo, condenados la víspera, oyeron en el corredor que conducía á su calabozo pasos precipitados de gente armada, y sin decir una palabra se arrojaron en los brazos uno de otro comprendiendo que venían á buscarlos y que era llegada su última hora.

Los que abrieron las puertas los hallaron abrazados, pero resignados y risueños.

— ¿Estáis prontos, ciudadanos? preguntó el jefe de la escolta, á quien se había encargado que tuviese toda clase de miramientos con los condenados.

Los dos respondieron á la vez: « Sí, » Andrés de viva voz y Simón con un movimiento de cabeza.

— Seguidme, dijo el oficial.

Los dos condenados arrojaron en torno una mirada de pesar y de ternura, y Andrés grabó con un clavo en la pared su nombre y el de su padre, uno encima de otro, y luego se incorporó á su padre en medio de los soldados.

Una mujer enlutada los esperaba en el patio por donde tenían que pasar, y se adelantó hacia ellos con paso seguro: Andrés lanzó un grito y se estremeció de pies á cabeza.

— ¡ La señora de San Felice! exclamó Luisa se arrodilló.

— ¿ Por qué os ponéis de rodillas cuando á nadie tenéis que pedir perdón? dijo Andrés. Todo lo sabemos : el verdadero culpable se ha denunciado á sí mismo. Pero hacedme la justicia de confesar que antes que recibieseis la carta de Miguel, teníais ya la mía en vuestras manos.

Luisa sollozaba.

— ¡ Hermano mio! murmuró.

— Gracias, dijo Andrés. Padre, bendecid á vuestra hija.

El anciano se acercó á Luisa y le puso la mano sobre la cabeza.

— Dios te bendiga como lo hago yo, hija mia, y aparte de tu frente la sombra de la desgracia.

Luisa inclinó la frente y exhaló profundos sollozos.

El joven Backer cogió un largo rizo de sus flotantes cabellos rubios y lo besó con avidez.

— ¡ Ciudadanos! murmuró el oficial.

— Aquí estamos, caballero, dijo Andrés.

Al rumor de los pasos que se alejaban, Luisa levantó la cabeza, y continuando de rodillas, con los brazos extendidos, los siguió con la vista hasta que desaparecieron por la esquina del arco de triunfo.

Su marcha fúnebre parecía aún más triste con el silencio y la soledad de las calles de Nápoles, y eso que eran las más populosas.

Sin embargo, de cuando en cuando, se entreabría una puerta ó una ventana y se asomaba una cabeza, casi siempre de mujer, y volvía á cerrar precipitadamente la ventana ó la puerta, al ver dos hombres inermes entre la tropa, y comprendiendo que iban á morir.

Así atravesaron á Nápoles en toda su longitud hasta desembocar en el Mercado Viejo, plaza ordinaria de las ejecuciones.

— Aquí es, murmuró Andrés Backer.

El anciano miró alrededor.

— Probablemente, contestó.

Sin embargo, dejaron tras de sí el Mercado.

— ¿Á dónde nos llevan? preguntó Simón en alemán.

— Sin duda buscan un sitio más cómodo que éste, respondió Andrés en la misma lengua: necesitan una pared y aquí sólo hay casas.

Al llegar á la plazuela de la iglesia del Carmen, Andrés Backer tocó con el codo el brazo de Simón, indicándole con la vista, enfrente de la casa del cura párroco, una gran pared sin puertas ni ventanas.

— Sí, respondió Simón.

En efecto, el que mandaba la escolta se dirigió hacia aquel lado.

Los dos condenados apresuraron el paso, y saliendo de filas fueron á colocarse junto á la pared.

— ¿Quién de los dos ha de morir primero? preguntó el oficial.

— ¡Yo! exclamó el anciano.

— Señor, preguntó Andrés, ¿tenéis órdenes

positivas para fusilarnos uno después de otro?

— No, ciudadano, respondió el oficial; no he recibido órdenes sobre el particular.

— Entonces, si os es indiferente, os pediré el favor de que nos fusiléis á un tiempo.

— Sí, sí, respondieron al mismo tiempo cinco ó seis voces á la vez; podemos darles esta satisfacción.

— Ya lo oís, dijo el oficial, haré cuanto me sea posible para mitigar vuestro último tormento.

— ¿Nos lo concedéis? exclamó gozoso el anciano Backer.

— ¡Sí, padre! exclamó Andrés arrojándose en los brazos de Simón. No hagamos esperar á estos señores que se muestran tan bondadosos.

— ¿Tenéis alguna gracia que pedir, alguna recomendación que hacer? preguntó el oficial.

— Ninguna, respondieron los dos condenados.

— Vaya, pues que es preciso, murmuró el oficial; pero, ¡sangre de Cristo! mal oficio nos dan.

Entretanto los dos condenados abrazados fueron á ponerse de espaldas á la pared.

— ¿Estamos bien así? preguntó el joven Backer.

El oficial hizo un signo afirmativo, y volviéndose á la tropa, preguntó:

— ¿Están cargados los fusiles?

— Sí

— Pues á la obra y que no sufran : es cuanto podemos hacer por ellos.

— Gracias, dijo Andrés.

Lo que entonces aconteció, fué rápido como el pensamiento.

Se oyeron las voces de « ¡Preparen! — ¡Apunten! — ¡Fuego! » Siguióse una detonación y todo estaba concluído.

Los republicanos de Nápoles, arrastrados por el ejemplo de los de París, acababan de cometer una de esas sangrientas acciones que engendra la guerra civil, aun en defensa de las causas más santas, y por los corazones más nobles. So pretexto de quitar á los ciudadanos toda esperanza de perdón, y á los combatientes toda vislumbre de salvación, acababan de hacer correr un arroyo de sangre entre ellos y la clemencia real; inútil crueldad, que ni tenía la necesidad por excusa.

Verdad es que fueron las últimas víctimas, pero bastaron para echar una mancha de sangre en el manto immaculado de la república.

En el mismo momento en que sucumbían los dos Backer, tomaba Bassetti el mando de las tropas de Capodichino, Manthonnet de las de Capodimonte y Writz de las de la Magdalena.

Si las calles estaban desiertas, aparecían los fuertes y azoteas cubiertos de espectadores, que con la simple vista ó con anteojos trataban de ver lo que iba á pasar en ese inmenso campo de batalla, que se extendía desde Granatello á Capodimonte.

Veíase en la mar, extendiéndose desde Torre de la Annonciata al puente de la Magdalena, toda la flotilla del almirante Caracciolo, que dominaba los dos buques enemigos, la *Minerva*, mandado por el conde de Thurn y el *Sea-Horse*, á las órdenes del capitán Ball, quien, según vimos, acompañaba á Nelsón aquella célebre noche en que cada dama de la corte hizo su verso, y todos estos versos compusieron el acróstico de CAROLINA.

Los primeros tiros de fusil que se oyeron, fueron delante del fortín de Granatello.

Séase porque Tchudy y Sciarpa no hubiesen recibido órdenes del cardenal, sea porque hubiesen andado remisos en cumplirlas, es lo cierto que Panedigrano y sus mil presidiarios acudieron solos á la cita, sin que por eso dejasen de avanzar con menos valentía hacia el fortín.

Verdad es que al verlos avanzar, las dos fragatas empezaron á disparar contra Granatello.

Salvato pidió quinientos hombres de buena voluntad, y se arrojó á la bayoneta sobre aquella tromba

de salteadores, los arrolló y dispersó, matándoles cien hombres, y se volvió al fuerte contando sólo algunos de los suyos fuera de combate.

Al llegar á Somma, supo el cardenal esta derrota; pero de Cesare había sido más feliz, siguiendo puntualmente sus órdenes, si bien al saber que estaba mal defendido el castillo de Pórtici y la población adicta al cardenal, atacó á Pórtici y rindió el castillo, punto más importante que Resina, por cerrar más el camino.

Participó su triunfo al cardenal, pidiéndole nuevas órdenes, y éste le mandó que se fortificase cuanto pudiese para cortar la retirada á Schipani, enviándole para ello un refuerzo de mil hombres.

Así lo temía Salvato, que desde el fortín de Granatello había visto que una columna considerable flanqueaba la base del Vesubio dirigiéndose á Pórtici, y oído tiros de fusil, que cesaron al cabo de una breve lucha.

En su juicio estaba cortado el camino de Nápoles, é insistía tenazmente en que Schipani saliese al punto hacia Nápoles, forzase el obstáculo y volviese con sus dos mil hombres protegidos por el fuerte de Vigliana á defender las cercanías de la Magdalena; pero Schipani, mal informado, se obstinaba en ver llegar el enemigo por el camino de Sorrento.

Un vivo cañoneo que resonaba hacia el puente de la Magdalena, indicó que el cardenal atacaba á Nápoles por aquel punto. Si Nápoles resistía cuarenta y ocho horas, y si los republicanos hacían un esfuerzo supremo, podía sacarse partido de la posición en que se encontraba el cardenal y verle cogido entre dos fuegos; mas para ello se necesitaba un hombre inteligente y de buena voluntad, capaz de vencer todos los obstáculos, que volviese á Nápoles y que ejerciese grande influencia en las deliberaciones de los jefes. Salvato podía decir como Dante :

— Si me quedo, ¿quién va? Si voy, ¿quién quedará?

Y se decidió á partir recomendando á Schipani que no saliese de sus atrincheramientos sin recibir de Nápoles orden positiva que le indicase lo que tenía que hacer. En seguida, acompañado de su leal Miguel, quien le aseguraba, que aunque inútil en campaña rasa, le serviría eficazmente en las calles de Nápoles, saltó en una barca para dirigirse á la escuadrilla de Caracciolo, se hizo reconocer del almirante, que oyó y aprobó su plan, pasó por medio de la flotilla, que cubría la mar con una capa de fuego, y la playa con una lluvia de balas y granadas, remó en línea recta al Castillo Nuevo, y atracó en la ensenada del Mole.

No había un instante que perder; Salvato y Miguel se abrazaron, corrieron en seguida, éste al Mercado Viejo y aquél al Castillo Nuevo, donde se celebraba el consejo.

Esclavo de su deber, subió en derechura á la sala del Directorio, expuso su plan y fué aprobado; pero sabiendo que Schipani era muy terco y que no seguiría más órdenes que las de Writz ó de Bassetti, sus jefes, enviaron á Salvato á Writz, que estaba peleando en el puente de la Magdalena. Hallábanse en lo más fuerte del combate. El río Sebeto separaba á los enemigos. Doscientos hombres hacían fuego por las ventanas del inmenso edificio de los Gramili.

El cardenal, fácil de conocer por su traje de púrpura, daba sus órdenes en medio del fuego y de las granadas que en todas direcciones caían, asegurando á cuantos le rodeaban que era invulnerable, y orgullosos [de morir á vista de tal jefe, seguros de ir á expirar derechitos al cielo, los sanfedistas, tantas veces rechazados, volvían con nuevo ardor á la carga. Writz en el campo de los patriotas, recorría las filas animándoles á la defensa. Apercibióle Salvato, lanzó su caballo hacia él, acercósele reconociéndose mutuamente, y le expuso su misiva: la orden se daría al instante: fué Salvato, echando pie

á tierra, á buscar una pluma, pero iba á verificarlo, cuando vió palidecer á Writz y caer en sus brazos herido por una bala de un calabrés. Al punto se esparció por todas partes la voz de:

— ¡El general ha muerto! ¡el general ha muerto!

— ¡Herido! ¡herido solamente! exclamó á su vez Salvato, y vamos á vengarle.

Y saltando en el caballo de Writz:

— Carguemos á esa canalla, dijo, y la veréis disiparse como el polvo al soplo del viento.

Y se lanzó por el puente de la Magdalena, seguido de tres ó cuatro hombres; una descarga mató á dos de éstos, y su caballo cayó también con él; pero Salvato, con mucha sangre fría, apartó al caer las piernas, y se quedó en pie enpuñando las pistolas del arzón, que descargó contra la nube de realistas que le acosaron, matando á dos y, blandiendo en seguida el sable, dió también muerte á otro, cuando de repente se oyó un rumor como de un terremoto. Eran los húsares de Nicolino, que daban una carga terrible para libertar á Salvato, el cual, libre al fin de las bayonetas enemigas, corría el inminente riesgo de perecer bajo los pies de los caballos y se lanzó al río.

El puente estaba libre, el enemigo rechazado y el efecto moral de la muerte de Writz, compensado.

con una ventaja material. Salvato atravesó el Sebeto y corrió ansioso cerca de Writz, para ver si podía firmar la orden, siquiera no le quedase más que un soplo de vida.

Writz no había muerto, estaba desmayado, y vuelto un tanto en sí pudo firmar con temblorosa mano la orden.

En menos de un cuarto de hora llegó Salvato á Capodichino en donde la defensa era menos costosa que en la parte que mandaba el cardenal: abocóse con el general Bassetti y le hizo firmar un duplicado de la orden de Writz, á fin de que á todo evento una ú otra llegase á manos de Schipani.

Recibió Salvato de Bassetti la palabra de defender hasta el último extremo á Capodichino y de ayudar el movimiento del día siguiente.

Salvato tenía que atravesar toda la ciudad para llegar al Castillo Nuevo, y encontró la calle obstruida por una inmensa multitud, amontonada en torno de un fraile, montado en un asno, llevando en la mano una bandera en que estaba pintado el cardenal de hinojos á los pies de San Antonio de Padua, que tenía en sus manos rollos de cuerdas que ofrecía al cardenal.

San Antonio se había aparecido á éste en sueños, revelándole que á la noche siguiente, del 13 al 14,

los patriotas iban á ahorcar á todos los lazzaronis, perdonando la vida sólo á los niños á quienes pensaban educar en el ateísmo, y al efecto el directorio había distribuído cuerdas á los jacobinos. San Antonio, cuya fiesta caía el 14, logró del Señor la merced de poder prevenir al cardenal, quien á su vez lo prevenía á sus fieles lazzaronis.

Así interpretaba el fraile la pintura de la bandera, encargando á los lazzaronis que registrasen bien las casas de los patriotas, en donde seguramente se encontrarían las cuerdas.

Dos horas hacía que fray Pacífico, que no era otro el fraile, subía desde el Mercado Viejo al Palacio Borbónico, haciendo alto á cada cien pasos, y repitiendo sus arengas, en medio de las vociferaciones y amenazas de los lazzaronis. Salvato no atribuyó la mayor importancia á tan extraña escena, hasta vió venir por la calle de San Juan de Carbonara, una banda de aquellos miserables, que llevaba en la punta de una bayoneta, una cabeza coronada de cuerdas.

El que la llevaba era un hombre como de cuarenta y cinco años, de aspecto asqueroso y cubierto de sangre, de barba roja como la de Judas, cabello lacio y empapado en la sangre que caía de la mutilada cabeza; tenía además una honda cicatriz

que le cortaba diagonalmente el rostro, viniendo á rematarse en un ojo huero.

Tras él venían otros hombres llevando trozos de piernas y de brazos.

Tan horribles trofeos de carne marchaban á los gritos de: « ¡ Viva el rey ! ¡ Viva la religión ! »

Salvato supo que aquella siniestra procesión era consecuencia de las excitaciones de fray Pacífico. Habiéndose encontrado cuerdas en el sótano de un carnicero, le descuartizaron á los gritos de: *¡ Estas son las cuerdas con que iban á ahorcarnos !*

El carnicero se llamaba Cristóforo, el que proporcionó á Miguel la pieza de moneda rusa, y el sayón era el *beccaio*, el sexto de los que le acometieron á las órdenes de Pascuale de Simone, la noche del 23 al 24 de Septiembre, y al que había dejado tuerto de un sablazo. Salvato no pudo dominar su indignación, y se arrojó espada en mano contra la horda de caníbales, que echaron á huir al principio; mas viendo, después, que eran ciento contra uno, avergonzados de su corbardía, arremetieron furiosos contra el joven oficial. Unos cuantos mandobles alejaron á los más atrevidos, y habría salido triunfante de tan mal trance, si los gritos de los heridos y las vociferaciones no hubiesen llamado la atención de unos treinta hombres, que sese-

pararon de la multitud que rodeaba á fray Pacífico.

Con este refuerzo se vió el singular espectáculo de un hombre solo que lucha á caballo con sesenta, por dicha mal armados. Podía huir en varias direcciones, pero Salvato se obstinaba en no abandonar lucha tan desigual sin dar el condigno castigo al miserable jefe de aquella banda de asesinos. Pero éste, acosado varias veces, se deslizaba como una anguila entre los dedos de un pescador. Recordó de repente el oficial que tenía pistolas en el arzón y para asegurar el tiro, detuvo su caballo, que al momento cayó al suelo; un lazzaroni le había sacado los brazuelos.

El tiro salió al aire, y sin dar tiempo á Salvato para echar mano á la otra pistola, diez lazzaronis se arrojaron sobre él amenazándole con sus puñales, cuando un hombre se abrió paso entre los que iban á acribillarle á puñaladas gritando:

— ¡ Vivo ! ¡ vivo !

Era el *beccaio*, que sabía que su perseguidor recibiría con indiferencia la muerte en la pelea, y él le reservaba otra más trágica.

— Y ¿ por qué vivo ? respondieron veinte voces.

— Porque es francés, edecán del general Championnet, y porque me dió este sablazo.

Y enseñó la horrenda cicatriz que surcaba su rostro.

— Y ¿ qué queréis hacer ?

— ¡Vengarme! matarle á fuego lento, descuartizarle y abrasarle.

Y mientras el asesino lanzaba semejantes amenazas al rostro de Salvato, éste, sin dignarse responder siquiera, haciendo un esfuerzo sobrehumano se desasí de los cinco ó seis hombres que le agarrotaban, se irguió como un gigante, y blandiendo su espada habría de un mandoble partido en dos al *beccaio*, si éste no le hubiese parado con el fusil, cuya bayoneta ostentaba la cabeza del infeliz carnicero.

Sin embargo, la espada de Salvato cayó sobre la mano del *beccaio*, y tres dedos cayeron al suelo: lanzó éste un rugido de dolor y de cólera y dijo:

— Felizmente es la mano izquierda; pero aún me queda la derecha para ahorcarte.

Salvato fué agarrotado con las cuerdas halladas en el sótano del carnicero y encerrado en un palacio saqueado por haberse hallado también cuerdas en su sótano.

Eran las cuatro, y á la misma hora cumplía el cura Antonio Toscano la palabra que había dado al joven general.

Pero volvamos al sitio de la batalla. Muerto el general Writz, tomó el mando su segundo, Grimaldi, hombre de hercúleas fuerzas y de un valor á toda prueba. Rechazados del puente tres veces los sanfe-

distas, volvieron á acometer cuerpo á cuerpo á los republicanos, viéndose entonces al gigante Grimaldi manejar su fusil á guisa de maza, y derribar en torno suyo un puñado de hombres. Vióse también al anciano ciego, que pidiera un fusil para cuando el enemigo estuviera cerca, Luis Sorio, arrastrando más bien que siguiendo á sus dos sobrinos, y colocado á cierta distancia, cargar su fusil con la sangre fría de un veterano, y haciendo fuego, hasta que cayó muerto entre un montón de cadáveres.

Comprendió el cardenal que era imposible apoderarse del puente mientras el flanco de sus hombres estuviese expuesto al doble cañoneo del fuerte de Vigliana y de la flotilla.

Era, pues, preciso tomar aquel fuerte y con sus cañones destruir la escuadrilla.

Estaba defendido por doscientos calabreses á las órdenes del cura Antonio Toscano.

El cardenal mandó al coronel Rapini, que se hiciese dueño del fuerte á todo trance, dándole el mando de cuantos calabreses tenía en su ejército, porque sabía que la lucha entre ellos sería fratricida, sangrienta, sin cuartel.

Al ver flotar el pabellón tricolor con la leyenda « *Vengarnos, vencer ó morir* », los calabreses, ebrios de furor, asaltaron el fortín, hachas y escalas en

mano: algunos lograron hincar sus hachas en la puerta, otros apoyar sus escalas en la muralla; pero el fuerte de Vigliana, como el arca santa, daba la muerte á cuantos le tocaban. Tres veces volvieron al asalto y otras tantas fueron rechazados dejando el suelo sembrado de cadáveres y herido su coronel, el cual mandó á buscar refuerzos: envióle el cardenal cien rusos con dos baterías que al cabo de dos horas de fuego abrieron brecha en el muro: enviaron entonces al comandante del fuerte, parlamento ofreciendo las vidas salvas.

— Lee la inscripción que hay sobre la puerta del fuerte, respondió el anciano sacerdote: *Vengarnos, vencer ó morir*. Si no podemos vencer, moriremos y nos vengaremos.

Con esta respuesta, rusos y calabreses se lanzaron al asalto. Dos veces fueron rechazados, cubriendo de cadáveres el camino de la brecha. Á la tercera, conducida por los calabreses, éstos arrojaban el fusil, una vez descargado, y se arrojaron puñal en mano dentro del fuerte: siguiéronles los rusos, pasando á la bayoneta á cuantos encontraban al paso.

Siguióse una lucha muda y mortal, cuerpo á cuerpo, en la que el muerto caía abrazado á su matador. Abierta la brecha, aumentábanse á cada instante los sitiadores, mientras que los sitiados

caían unos tras otros sin tener quienes les reemplazasen: sólo quedaban ya sesenta de doscientos, y eran cuatrocientos los enemigos: no les arredraba la muerte; pero morían desesperados al sucumbir sin venganza.

Entonces el anciano sacerdote, acribillado de heridas, se irguió en medio de ellos y con voz que todos pudiesen oír les dijo:

— ¿Estáis resueltos?

— Sí, sí, sí, respondieron unánimes.

Y al mismo tiempo Antonio Toscano se dirigió al subterráneo, en que estaba almacenada la pólvora, acercó su pistola á un barril é hizo fuego.

Á su espantosa explosión, vencedores y vencidos, republicanos y realistas cayeron sepultados en el mismo cataclismo. Nápoles sintió como un terremoto, obscurecióse el aire tras de un velo de polvo, y como si se hubiese abierto un cráter al pie mismo del Vesubio, piedras, maderas, y miembros destrozados volaron y cayeron á gran distancia; el castillo quedó derruido y entre las ruinas de hombres y cosas, un calabrés atónito de vivir, ileso, lanzado al aire, cayó en el mar, nadó hacia Nápoles y llegó al Castillo Nuevo, en donde contó la muerte de sus compañeros y el sacrificio heroico del sacerdote.

Este último espartano calabrés se llamaba Fabiani.

La noticia del acontecimiento se esparció al punto por las calles de Nápoles, excitando un entusiasmo general.

En cuanto al cardenal, como nada le impedía ya acercarse al mar y cañonear la escuadrilla, mandó colocar la artillería entre las ruinas del fuerte y empezó el fuego que obligó á Caracciolo á alejarse con sus buques.

Con esto quedó la jornada por los sanfedistas, dueños del puente y acampados en el sitio del volado fuerte.

Bassetti defendía á Capodichino, y hasta entonces parecía pelear sinceramente en defensa de la república, á la que más adelante fué traidor. Al saber los graves acontecimientos del día, y temiendo que en su posición avanzada le cortasen la retirada, cruzó la bayoneta y atravesando las calles de Nápoles, llenas de lazzaroni, se abrió paso hasta el Castillo Nuevo.

Sabedor también de los mismos sucesos Manthonnet, que con ochocientos hombres había esperado que le atacasen, en las alturas de Capodimonte, se posesionó del convento de San Martín, sito al pie de San Telmo, menos fortificado que éste por el

arte, pero mucho más por la posición, desde donde pudo ver las calles de Nápoles entregadas á los lazzaroni, mientras que los patriotas se batían en el puente de la Magdalena; y sobre todo en las playas desde el puerto de Vigliana á Pórtici.

Exasperados con el supuesto complot urdido contra ellos por los patriotas, á consecuencia del cual hubieran sido estrangulados, sin la revelación de San Antonio al cardenal, los lazzaroni, excitados además por fray Pacífico, se entregaban á las más horrendas crueldades.

Los hombres que llevaban á Salvato le dejaron encima de una mesa; y resuelto á no dirigir la menor palabra á sus verdugos, ya por desprecio, ya por creerlo superfluo, se acostó de lado como si durmiera.

Aquellos sayones en tanto discutían el género de suplicio que le darían. Los lazzaroni querían darle una muerte lenta y dolorosa; pero el *beccaio*, con su admirable instinto de venganza, estaba por una muerte pronta é infamante.

Salvato soportaría sin exhalar un quejido el morir quemado á fuego lento, desollado vivo y descuartizado, y esto no humillaba ni deshonoraba á la víctima. El *beccaio* opinaba porque se le

ahorcarse, porque la horca, decía, es una muerte ridícula en la que no hay efusión de sangre — la sangre enaltece la muerte — los ojos se desencajan, se hincha la lengua saliendo de la boca, y el paciente se tambalea con ademanes grotescos. Así debía morir Salvato para que su muerte le fuese hondamente sensible. La víctima oía la discusión y convenía para sus adentros, en que los infernales planes del *beccaio* no podían ser más eficaces por su objeto.

Había en el techo, perpendicularmente sobre la mesa en que se hallaba tendido Salvato, una argolla que en otros tiempos sirvió para suspender una lámpara, y haciendo el *beccaio* á duras penas, con su mutilada mano, un nudo corredizo en una cuerda, se puso encima de la mesa y en seguida de pie sobre Salvato, que permaneció inmóvil como si aquellas plantas inmundas le hubiesen convertido en cadáver. Pasó el *beccaio* el nudo corredizo por la argolla; pero de repente se quedó suspenso, como si se le ocurriese un nuevo pensamiento, dejó el nudo corredizo suspendido de la argolla y soltó el otro extremo de la cuerda.

Compañeros, dijo, os pido un cuarto de hora, nada más que un cuarto de hora : prometedme dejarle vivo durante este tiempo, y os aseguro que

este jacobino ha de tener una muerte que os dará gusto.

Acosáronle á preguntas otros sicarios; pero el *beccaio* sin responderles, salió corriendo hacia la *via dei Sospiri dell' Abisso*.